

MARTIN LUTHER KING Y LA LUCHA EMANCIPADORA DEL PUEBLO NEGRO NORTEAMERICANO. LA NO VIOLENCIA COMO FUERZA POLITICA Y MORAL

por el prof. LERONNE BENNET
De la Universidad de Chicago, USA

Al adoptar y hacer suya Martin Luther King la vieja máxima que pide hacer de las espadas arados y de las flechas guadañas, enarbolando esta consigna con entrañable pasión, se convirtió, acaso, en el más eminente personaje en la historia de la protesta de los negros y en uno de los grandes guías espirituales de la época.

Nadie hubiera podido vaticinarlo por su cuna. Nació en el medio severamente convencional de una familia acomodada, como Ghandi, el año 1929, en la ciudad de Atlanta, desde mucho ensombrecida por el problema negro. Tras haber sido destruida e incendiada durante la Guerra de Secesión por el general Sherman, el destino de Atlanta quedó vinculado ya por siempre a los problemas de la población negra.

Como todas las grandes figuras posee Martin Luther King el talento de surgir en el momento exacto y en la encrucijada exacta del camino exacto. Tuvo la suerte de aparecer en escena en 1957 en el momento en que las distintas corrientes impulsivas que habían ido acumulándose desde los días de su infancia, chocaron entre sí. Desde los primeros años del veinte había ido aumentando en los negros norteamericanos, en forma constante, la ira contra su situación, y las fuerzas sociales y económicas, la urbanización, las aspiraciones de la clase media, la constitución del Estado como institución de bienestar, etc., habían estimulado sus esperanzas y fortalecido su sensibilidad. Con los acontecimientos que siguieron a la guerra y especialmente en virtud de la decisión de la Corte Suprema Federal de 1954 y en virtud del derrumbe del colonialismo europeo, se intensificaron aún más sus esperanzas. Y en 1957, bajo la impresión de la resistencia de los blancos del Sur contra la decisión de la Corte Suprema Federal y una crisis económica que iba agudizándose de los ghettos del Norte, se manifestó en la población negra una actitud de descontento, en aumento constante, frente a las tácticas de la protesta y las apelaciones de los viejos guías del movimiento. Con este

N. de la R. Reproducimos aquí el circunstanciado estudio del Dr. Leronne Bennett, especializado en el tema, sobre Martin Luther King, Premio Nóbel de la Paz (1964), asesinado en Memphis (Tennessee).

proceso surgió, por lo pronto en forma vaga y luego en forma más clara cada día, la convicción de que deberían aplicarse nuevos procedimientos. Poco a poco fue transmitiéndose de un negro a otro, de un ghetto a otro, un presentimiento, un convencimiento oscuro, de que las cosas no podían seguir así por siempre, de que podían mejorar sus condiciones de vida. El hecho de haber atisbado este sentir, mucho antes de saber en qué forma podría intervenir él mismo, otorgó a Martin Luther King, a partir de 1957, el derecho a hablar en nombre de los negros y en nombre de los hombres.

Este hecho se evidenció el 17 de mayo de 1957, día que quedaría vinculado al auge personal de Luther King. Fue él quien logró conmover entrañablemente a los treinta y cinco mil ciudadanos llegados de treinta Estados, tras reunirlos ante el monumento de Lincoln en la más grande de las demostraciones por los derechos civiles jamás organizada. Al ejecutivo del Gobierno, personificado entonces por Eisenhower, le reprochó "excesivo silencio y apatía" y al poder legislativo de "vacilación e hipocresía". Declaró que era urgentemente necesario establecer una dirección en cuatro frentes. Se echaba de menos una severa y agresiva dirección por parte del Gobierno Federal; faltaba una enérgica dirección por parte de los liberales blancos que incurrían en "una especie de liberalismo ficticio que por todos lados buscaba simpatías"; faltaba además, según King, "una enérgica orientación en los moderados blancos del Sur, y una enérgica e inteligente jefatura entre las agrupaciones de la población negra". Con arrollador ímpetu retórico, que al punto se convirtió en una especie de diálogo oratorio entre King y su auditorio, clamó: "Dádnos el derecho de sufragio y no recurriremos más a los tribunales: votaremos por las leyes justas. Dádnos el derecho a sufragio y mandaremos al Parlamento a hombres de buena voluntad. Dádnos el derecho al sufragio y haremos jueces a hombres que conocen la misericordia. Dádnos el derecho al sufragio y obedeceremos fielmente la decisión de la Corte Suprema Federal del 17 de mayo de 1954". A continuación se refirió King a las pruebas

de Montgomery, a los atentados con bombas y los actos de terror. "Pero —dijo—, no debemos sumirnos en la amargura: si nos entregamos al odio el nuevo régimen sólo será el viejo régimen... Debemos responder al odio con amor, a la violencia con fortaleza de ánimo". Pidió a los reunidos que al regreso a sus Estados y comunidades piensen constantemente que todo es muy difícil y que les esperan duras pruebas.

Se supone, ciertamente, que sólo el desesperado se rebela, pero yo creo que los hombres deben alimentar nuevas esperanzas antes de arrojarlos contra las paredes de su jaula. Fue la hazaña de King el haberles brindado esta esperanza y el segundo elemento ineludible para un futuro: una nueva idea. La importancia de King en su primer período ha de verse principalmente en la orientación que supo dar a las oscuras nostalgias de los hombres. Por entonces invadió a las masas negras un aliento de esperanza, que al elevarse respondió a las ideas revolucionarias que King había sembrado. Al brindar a los hombres una ideología distinta, vieja y nueva no obstante, ajena y sin embargo propia, les capacitó para ver su situación con otra luz y les brindó los medios para modificarla. Acertó sobre todo a transmitir a los diversos estratos de la comunidad negra, a la juventud especialmente, la idea revolucionaria de que para la liberación de los negros la fuerza explosiva necesaria debía surgir del corazón de los negros mismos. Entre 1957 y 1960 se entregó King de modo especial a dos tareas: delinear una nueva actitud y mantener la sugestión en los ojos y los oídos de las muchedumbres. Aunque en modo alguno veía claro todavía medios y meta, representó un importantísimo papel.

De acuerdo con su convicción política, intentó organizar una "cruzada pro derechos civiles". Preocupado ante la creciente resistencia de los blancos, redobló King sus esfuerzos por asegurar la intervención del Gobierno Federal en la lucha de los negros. En discursos, entrevistas y artículos alude con la más constante insistencia a la responsabilidad del Gobierno. En una entrevista de dos horas con el Vicepresidente Richard Nixon exigió una enérgica iniciativa en el arduo problema de los negros. Acompañó a King en esta entrevista Ralph Abernathy. Ambos hombres pusieron el máximo empeño en lograr que el Presidente o el Vicepresidente viajaran al Sur con el fin de pronunciar un gran discurso sobre los derechos civiles como problema moral y jurídico. Para King la crisis de integración de Little Rock, que se inició poco después, era el resultado lógico de la vacilante táctica del Gobierno Federal. Pidió de nuevo una entrevista con el Presidente Eisenhower y declaró: "Little Rock nos indica, con dramática claridad, que es de suprema ne-

cesidad y urgencia que el Presidente se reúna con los jefes del movimiento negro de todo el país". Por iniciativa de King tuvo lugar una entrevista en la Casa Blanca.

Martin Luther y otros jefes del movimiento negro se esforzaron en hacer ver a Eisenhower, en junio de 1958, las exigencias del momento. La respuesta del Presidente no fue muy prometedora. Se expresó sobre la abrumadora complejidad del problema y sobre la necesidad de buscar un cambio en el corazón de los hombres. No fue ningún estímulo para la lucha. Los jefes del movimiento salieron de la entrevista con las manos vacías y debieron soportar la destructora crítica de la prensa negra. A King le produjo Eisenhower la impresión de un hombre bueno, pero insuficientemente informado. En el fondo le pareció a King el Presidente un poco desorientado y confuso frente a las exigencias que su cargo le imponía. En el transcurso de la entrevista le dijo a King: "Reverendo, tantos problemas: el Líbano, Argelia...".

En los años 1957 y 1958 desarrolló King alguna intervención de tanteo en la esfera de la acción directa con el "stand-in" de las masas en las celdas de elección del Sur y en otra huelga de asientos en las escuelas blancas. La reacción fue fría, incluso hostil. Derrotado se retiró King consolándose con la idea de que el momento no había llegado aún. No se defendió frente a sus críticos: habló, sin embargo, más tarde, con inusitada seriedad, sobre las dificultades con que tropieza el profeta social. En su libro *Por qué no podemos esperar*, nos dice que una "metodología y filosofía de la revolución" no es algo que pueda surgir y ser aceptado de la noche a la mañana. Desde el momento mismo en que es proclamada debe contar con la dura prueba de la oposición, el desdén y el prejuicio. En toda sociedad la vieja guardia odia los nuevos métodos: ostenta las órdenes y las medallas ganadas en la batalla por los viejos procedimientos...". Mientras esperaba que los acontecimientos fueran más propicios, se dedicó King al apostolado que a sí mismo se había impuesto. Dos o tres veces a la semana, más a menudo a veces, tomó el avión para dirigirse desde Montgomery a las ciudades del Norte, del Sur, del Oeste y el Este, con el fin de difundir el mensaje de la llegada del nuevo día.

Este apostolado de la difusión, y lo que significó en el sentido de su propia formación, le sirvieron para el viaje a Ghana, en 1957, donde fue recibido como huésped oficial del Gobierno en las festividades de la independencia de la primera colonia africana que obtuvo su emancipación. Para King y Coretta (su esposa) las fiestas de Ghana fueron una honda, casi mística vivencia. Ambular sobre el suelo que siglos

antes habían abandonado los misteriosos antepasados, aquellos a quienes nadie podría nombrar por su nombre y a quienes, sin embargo, nadie podría olvidar; recorrer los caminos de un país en el que el color de la piel nada significa, ver policías negros, jueces negros, sacerdotes negros y finalmente en el gigantesco estadio oscurecido ver izarse la bandera del hombre negro en un ámbito nuevo totalmente: todo esto fueron experiencias que abrieron nuevos horizontes, algo que se elevaba sobre sí mismo y acercaba a la anhelada meta. King declaró más tarde que el viaje a Ghana fue uno de las más trascendentales vivencias de su vida.

A pesar de haber sufrido una enfermedad regresó King a América física y espiritualmente renovado: con una nueva decisión y una nueva fe en la victoria de su causa. Su actividad durante este período queda evidenciada en el artículo publicado en la revista "Jet", en el que nos informa sobre los 200 discursos pronunciados y las 780.000 millas recorridas aquel año. Recluyéndose en casa de amigos y en un hotel de Atlanta, logró dar término a su primer libro, una información autobiográfica sobre la lucha de Montgomery bajo el título de *Camino de la libertad*. Pero el apostolado de la difusión era, al mismo tiempo, en King, un apasionado impulso. El tercer encarcelamiento de King fue el comienzo de un período de opresión. Por entonces emprendió la peregrinación tradicional a la urna de Ghandi en Nueva Delhi.

King quedó hondamente impresionado por los aspectos de gran sufrimiento y gran pobreza y asombrado indeciblemente ante la espiritualidad del pueblo indio. Vio en ella el legado de Ghandi y de su lucha. Le impresionó más intensamente que nada, sin embargo, el monumento vivo de Ghandi: Jawaharlal Nehru, el brahman aristocrático que conoció la cárcel varias veces durante la lucha de liberación, le pareció un personaje completamente distinto que los políticos que hasta entonces había conocido King. Era una combinación armoniosa de hombre de acción y de ideas y no se conformaba con el "arte de lo posible": aspiraba a metas que abarcaban el destino de la humanidad. Tenía Nehru además —y esto impresionó especialmente a King— un alto concepto de la responsabilidad de su gobierno en el sentido de participar activamente en la triste suerte de los intocables. Tres veces en tres semanas oyó King a Nehru en sus discursos condenar el principio por el que los intocables sufrían. No podía menos de establecer un parangón con Norteamérica, donde el Presidente guardaba silencio. Para asombro de King defendió Nehru incluso la idea de una penitencia y de esfuerzos especialmente intensos para acabar con una opresión mile-

naria, psíquicamente destructora. Escribiría más tarde: "Hablando con Nehru me dijo que ni mencionarse podía la tolerancia frente al caso de los intocables sin decidir una acción y asumir la responsabilidad de elevar el standard de vida de los hombres que durante lapsos inmensos hemos explotado".

Cuando King se preparaba a aprovechar la ventaja del "momento exacto", empezó a caer la Bastilla: cuatro estudiantes negros se sentaron en un puesto de lunch de Greensboro, Carolina del Norte; ocho días después fue aplicada la técnica del "sit-in"¹ en Charlotte; dieciséis días después desbordó las fronteras de Carolina del Norte y empezó a extenderse por todo el Sur. A fines de marzo en todas las ciudades del Sur, con la excepción de Mississippi, se practicó el sit-in en puestos de lunch, grandes almacenes, supermercados, teatros y bibliotecas. Se llegó a modificar su práctica con el mantenerse de pie y arrodillarse y marchas en masa en los sectores céntricos de las ciudades.

La práctica del sit-in fue —King se dio cuenta en seguida— el verdadero síntoma cardinal en las relaciones raciales de América. Montgomery había sido un paso hacia la rebelión: Greensboro y las ciudades que siguieron su ejemplo eran la rebelión misma. Cuando se apoderó del país la observó King fascinado. Era el fruto de sus esfuerzos y la realización de su sueño.

Según el criterio general el movimiento del sit-in se había desarrollado espontáneamente. En realidad arraigaba hondamente en los acontecimientos del lapso tardío del año cincuenta. Casi sin excepción declararon los jóvenes estudiantes rebeldes que se sentían impulsados por un profundo descontento por el hecho de que la segregación continuara y ante las tácticas tradicionales de la clase negra influyente. La mayoría consideraba a Montgomery como el acontecimiento cardinal y King como forma predominante de sus años de desarrollo. Su influencia en la generación del sit-in fue subrayada en el estudio psicológico *Juventud y acción social: la no violencia en la juventud* del Dr. Federico Solomon y el Dr. Jacob Fishman. "El boicot de Montgomery tuvo lugar —escriben los autores— "cuando muchos de estos estudiantes tenían quince años, dos años después que la Corte Suprema Federal declarara que su aversión a la segregación era justificada y estaba sancionada por la ley. Los jóvenes de todo el Sur quedaron hondamente impresionados por el boicot de Montgomery. Vieron aquí las prácticas y emocionales "ventajas de la acción directa", en las evidencias del legítimo descontento

¹N. de la R. Sentarse donde no les es permitido a los negros, no ceder aunque se exija y no replicar con violencia si se es atacado.

de los negros. Por tal manera se convirtió King en la figura ideal del hombre de pensamiento positivo que en su acción mantiene la dignidad y la libertad y por el éxito de su lucha conquista el respetuoso reconocimiento de la población blanca. Al ser King a los ojos de la nueva generación negra como sus propios padres debían haber sido, se convirtió en parte de su ideal personal. Tres años más tarde, poco después de haber abandonado el hogar paterno para ingresar en el college, se comportaron de acuerdo con este nuevo dechado con la práctica del sit-in...

La época del sit-in hizo de King un hombre nuevo, con una nueva tarea y una nueva misión. Reconocido ya por casi todos como el padre espiritual de los estudiantes que practicaban el sit-in, puso en el acto su palabra al servicio de este movimiento. De tiempo en tiempo se presentaba en dramáticos interludios, para desaparecer de nuevo en reiteradas ausencias. Uno de estos interludios, sin embargo, parece haber cambiado el curso de la historia de Norteamérica, repercutiendo en la humanidad entera. Al principio no se evidenciaba la menor señal de que este incidente traería consigo tan considerables consecuencias. El 19 de octubre, en medio de la lucha electoral entre el senador John F. Kennedy y el Vicepresidente Richard Nixon, King y otros cincuenta y cinco manifestantes fueron detenidos durante un sit-in en el gran almacén Rich. Por intervención del alcalde de Atlanta, William Hartsfield, se anuló la denuncia contra los manifestantes y se puso en libertad a todos con excepción de King. El 25 de octubre, esposado, se le llevó desde la cárcel del condado de Fulton y debió comparecer ante un tribunal del condado De Kalb. El juez Mitchell condenó a King a cuatro meses de trabajos forzados en un campo de trabajo estatal.

A la mañana siguiente, temprano, fue entregado King al juzgado del crimen. Cuatro horas después se encontraba en la cárcel del Estado de Reidsville (condado de Tatnall). El miércoles a las ocho se difundió la noticia por todo el planeta y la oficina del alcalde William Hartsfield fue invadida por una avalancha de telegramas.

Mientras King se encontraba "en segregación", su nombre empezó a inquietar a los más poderosos personajes de Norteamérica. Aquel día tuvo lugar en el Ministerio de Justicia una reunión del más alto nivel para considerar los medios a que podía recurrirse para que King fuera puesto en libertad. Se aludió a varias posibilidades, entre ellas el habeas corpus decretado por la Corte Federal y una intervención ante el juez Mitchell. Finalmente se decidió que lo más eficaz sería una declaración por parte del Presidente Eisenhower. Completamente distinta fue la reacción en el cam-

po de los demócratas. El hilo telegráfico entre Atlanta y Chicago, donde John Kennedy había interrumpido su campaña electoral, fue motivo de apasionadas especulaciones políticas. Tras breve reflexión Kennedy pidió que se le comunicara con la esposa de King. "John F. Kennedy —declaró Coretta— está muy preocupado por nosotros dos. Dijo que debe ser muy duro para mí. Me aseguró que piensa en nosotros y lo hará todo para ayudarnos..."

Igualmente preocupado parece que estaba Robert F. Kennedy, quien telefoneó al juez Mitchell para pedirle que "se investigara si el Reverendo Martin L. King poseía, según la Constitución, derecho a libertad bajo fianza". El juez Mitchell decidió al día siguiente que tras renovadas comprobaciones de la apelación de King contra su condena a cuatro meses de cárcel, tenía derecho a ser puesto en libertad bajo fianza. Se dispuso así inmediatamente.

Al asumir la Presidencia John Fitzgerald Kennedy redobló King sus esfuerzos para conseguir que el Gobierno Federal otorgara su clara y directa intervención en la crisis racial, que se estaba agudizando por días. King veía en Kennedy "un Presidente que no se asusta de los cambios", un espíritu joven, audaz, incansable en la búsqueda de soluciones asequibles. Sentía gran inquietud, no obstante, ante la vacilación que al principio mostró Kennedy. Más tarde diría: "Había, en realidad, dos Kennedy. Predominó el uno durante los dos primeros años bajo la inseguridad provocada por la estrecha victoria; tanteaba y esperaba el curso de los acontecimientos y mientras tanto estructuraba y consolidaba su administración. En 1962, sin embargo, se reveló un nuevo Kennedy. Había comprobado que la opinión pública no estaba anquilosada. El pensamiento político de los norteamericanos no se había aferrado al conservantismo, al radicalismo o a la moderación. Era algo fluido, indudablemente. Se movía, más bien, en anchas corrientes, no en cursos no fijados con precisión. Esto quería decir que una dirección positiva podría llevarle por una canalización constructiva".

Recurriendo a una frecuente y encendida actividad oratoria y en virtud de una acción activa más tarde, sacó Martin Luther King a la opinión pública de su indiferencia, preparando así el camino para aquel John Kennedy que el mundo no olvidará nunca. Con un artículo publicado en la revista "Nation" bajo el título de "Igualdad ahora", emprendió King, a comienzos de febrero, la tarea de movilizar a la opinión pública con el fin de lograr una nueva iniciativa del Gobierno Federal. "Al nuevo Gobierno —escribió— se le brinda la ocasión, como el primer Gobierno en cien años de historia americana, de lograr una radi-

cal y nueva solución del problema de los derechos civiles. El nuevo Gobierno debe empezar... con la firme convicción de que no existe ya ninguna duda sobre el principio. Han pasado los días en los que en una cuestión que atañe a la vida de veinte millones de norteamericanos, pueda tolerarse una maligna e inhumana oposición". Añade aún King: "Además debe el Gobierno confesar y reconocer que posee el poder suficiente para guiarnos en el cambio que se aproxima. El avance, insoportable por su lentitud, en la imposición de los derechos civiles, se basa por lo menos tanto en las limitaciones a que recurre el Gobierno Federal en su propia acción como en las actividades de la oposición segregacionista".

En una posterior entrevista con Kennedy, el 16 de octubre de 1962, insistió King en su convicción de que "las manecillas del reloj de la historia se acercaban a la medianoche". En el diálogo de una hora que sostuvo con Kennedy en la Casa Blanca, insistió en forma apremiante en la necesidad de una "segunda declaración de emancipación" en el sentido de que las instituciones públicas racialmente segregadas "son anticonstitucionales e ilegales". Una medida así es necesaria, dijo, para evitar que la desesperación de los negros llegue "hasta el punto de explosión". Kennedy, un brillante esgrimista, desvió los ataques de King. "En toda nueva protesta de los negros —escribió King en *Por qué no podemos esperar*— se nos aconsejó, unas veces privadamente, públicamente otras, cesar en nuestros esfuerzos y concentrarnos exclusivamente en el registro de electores. Hemos reconocido siempre la importancia del derecho de sufragio, pero intentamos siempre, sin embargo, declarar pacienteamente, que los negros no pensaban, ni mucho menos, descuidar todos los demás derechos".

Llegado al ápice de su carrera, emprendió King una acción triunfal: habló ante 25.000 personas en Los Angeles, ante 100.000 en Chicago, y encabezó en Detroit una marcha de 125.000. Mientras atravesaba el país de costa a costa, el fuego que había encendido en Birmingham se propagó de ghetto a ghetto, dio origen a nuevas energías sociales y soldó a los negros de todas las clases sociales y todos los credos en un solo bloque de indignación. Con una actitud íntima desesperada, fruto de un siglo de opresión, y una nueva esperanza provocada por Birmingham, inundaron los caminos de Norteamérica, se tendieron ante automóviles y tractores, organizaron stand-ins y sit-ins y caudalosas marchas, cantando y clamando "Freedom now!" ("¡Libertad ahora!").

Cuando el incendio de la crisis se apoderó del país entero estaba Martin Luther King en la cúspide de su fama. Nunca antes había logrado un negro subir tan

alto. Una encuesta demostró que el 88% de las masas negras y el 95% de los caudillos del movimiento aprobaban la política de King. Hubo críticas para la insistencia de King en el amor. Sin embargo, a una consideración de conjunto puede decirse que la mayoría de los negros y los blancos de Norteamérica veían en King el símbolo y la voz de la "revolución negra".

No quiso King contribuir con su fama al movimiento nacional, pero dio su cordial aprobación al creciente espíritu de lucha de los negros de las ciudades. También se mostró muy satisfecho con la participación, más vigorosa cada día, de los blancos, consecuencia de aquella lucha de Birmingham, que hizo época. Pero mayor estímulo fue, no obstante, "el nacimiento de un nuevo John Kennedy", según las palabras del propio King.

Kennedy fue el primer Presidente norteamericano que condenó oficialmente la segregación. En su discurso del 11 de junio de 1963 la víspera del asesinato de Medgar Evers, jefe del movimiento en Mississippi, dijo Kennedy: "Cien años han transcurrido desde que el Presidente Lincoln decretó la manumisión de los esclavos, pero sus descendientes, sus nietos, no son aún totalmente libres. No se les ha librado aún de las cadenas de la injusticia; no se les ha librado aún de la opresión social y económica. Y a pesar de toda la esperanza y toda la fama, esta nación sólo será totalmente libre cuando todos sus ciudadanos sean totalmente libres".

El Presidente terminó así: "Predicamos la libertad en el mundo entero y amamos nuestra libertad aquí, en nuestra casa. ¿Debemos, sin embargo, decir al mundo, sobre todo a uno en el mundo especialmente, que este país es un país libre mientras los negros no lo sean, que no tenemos ciudadanos de segunda clase si los negros lo son, que no tenemos un sistema de clases y castas, que no tenemos ghettos, que no conocemos una raza de señores, excepto resto de los negros?"

"Ha llegado para esta nación el momento de cumplir su promesa. Los acontecimientos de Birmingham y otros lugares han fortalecido tanto el clamor de igualdad, que no puede ignorarle ya ninguna ciudad, ningún Estado y ningún parlamento.

"El fuego del desengaño y de la discordia muestra su llama en todas las ciudades del Norte y del Sur... Nos encontramos, por lo tanto, ante una crisis moral como país y como pueblo. No se la puede combatir con la policía, ni con actos de opresión; no se la puede dejar a cargo de los manifestantes callejeros. No se la puede vencer con medidas ficticias o promesas vacías. Ha llegado el momento de la acción, en el Congreso, en nuestros parlamentos estatales y locales y sobre todo en la vida cotidiana...

"Aquellos que nada hacen nos llenan de ignominia. Aquellos que se comportan audazmente reconocen el derecho...".

En estas palabras, que definió como "las más serias, las más humanas y la más grande apelación de un Presidente a la comprensión y la justicia desde los primeros días de la República", vio King el claro comienzo de un avance en irrupción por parte del Gobierno. El próximo acto de Kennedy: la presentación al Congreso de la ley de derechos civiles de más vasto alcance desde la Reconstrucción, confirmó las esperanzas de King. Aún les prestó mayor aliento el nuevo impulso de la Iglesia cristiana de los blancos.

Al terminar la celebración del centenario de la declaración de emancipación era ya Martin Luther King más que sólo un símbolo. Su influjo se había ahondado y extendido en todo el país: se había convertido en una excelsa y arrolladora fuerza social. En este momento era King no sólo el guía y conductor de millones de negros: lo era también de centenares de miles de blancos. Dondequiera que se hablara de raza —y de esto se hablaba en todas partes— el nombre de King era ineludiblemente mencionado. De acuerdo con su relación con King fijaba la gente su punto de vista en el problema racial.

En reconocimiento de su inabarcable significación e importancia, Lyndon Baines Johnson, el nuevo Presidente norteamericano, llamó a King a la Casa Blanca para hablar con él sobre el cambio de Gobierno. King ofreció su apoyo al nuevo Presidente en el difícil período de transición. Le hizo saber, no obstante, sin el menor circunloquio, que no se produciría ningún entibiamiento y que pasado el período de duelo nacional se reanudarían las manifestaciones.

Hubo aún dos señales del casi místico influjo de King en esta época: su elección como "hombre del año" por la revista "Time". Existía este título desde 1927 y ningún otro hombre de color, con excepción de Haile Selassie, le había recibido hasta entonces. "Time" declaró que había sido elegido para el año 1963, acaso el más importante de su historia, también como representante de sus hermanos negros.

En su anual Análisis de la Situación declaró King que "el poder de los negros había adquirido madurez y estaban ya a punto de adquirir conciencia de sus posibilidades dinámicas". Si se exceptúa la Era de la Reconstrucción, a juicio de King no hay nada en la historia de los negros que "en intensidad, extensión y fuerza" pueda compararse al "levantamiento sin precedentes" del año 1963. Ha llegado, pues, para el Gobierno Federal el momento de "demostrar el suficiente valor y la necesaria decisión" para apoyar las manifestaciones de los negros. Exigió especialmente

"innovaciones creadoras". Por ejemplo, el recurso a oficiales ejecutivos de la Corte Federal en situaciones en que se considerasen inadecuadas tropas federales.

El desengaño de King sobre algún aspecto en el curso de los acontecimientos fue compensado por la estimulante reacción ante la nueva ley de derechos civiles, que definió certeramente como "fruto de la borrasca, el producto un tempestuoso movimiento nunca antes alumbrado por la nación en tiempos de paz". Esta ley, presentada por John Kennedy al Congreso después de las turbulentas manifestaciones de Birmingham, fue aprobada el 2 de julio de 1964.

Como uno de los "arquitectos" de —después de la Era de la Reconstrucción— la más vasta ley de derechos civiles, se incluye King entre los caudillos de un movimiento a quien se otorgó el ser testigo de su firma. Dijo entonces, y lo repitió más tarde, que ve en esta ley el testimonio de "fidelidad y fe" que considera ineludible para mantener la paz social en Norteamérica.

Siempre de nuevo había declarado King que "la no violencia no puede existir en una vacuidad". Ya en 1961 había dicho: "Si no se hace algo pronto y con energía se producirán situaciones explosivas, especialmente en las zonas industriales del Norte donde vive un gran número de negros que apenas pueden ya reprimir su desengaño". Al prolongarse las ardientes semanas del verano de 1964, los reprimidos desengaños a que se había referido King afloraron a la superficie.

Por muy elocuente que sean sus valores, es difícil mantener la no violencia entre los hombres.

El 14 de octubre fue publicada en Oslo la siguiente declaración: "El Comité del Premio Nóbel de la Asamblea Nacional Noruega ha decidido conceder el Premio de la Paz para 1964 a Martin Luther King".

El Comité no dio, como suele hacerse, la razón de la concesión del Premio "a quien más se haya distinguido en el fomento de la fraternidad entre los hombres o para la supresión o disminución de los ejércitos permanentes y para la ampliación de estos designios". La elección de King demostró, entre otras cosas, un inusitado interés por la lucha racial en Norteamérica. King fue el tercer negro, el doceavo norteamericano y el hombre más joven a quien se concedió el premio. Hombres de color que habían obtenido antes la recompensa fueran Ralph J. Bunche, comisionado de las Naciones Unidas, por su éxito en lograr el armisticio entre árabes e israelíes en la guerra de Palestina, y Albert Luthuli, que había dirigido el Congreso Nacional Africano. Obtuvo la recompensa en 1960.

El eco de la elección de King osciló entre el aplauso

y el júbilo por una parte y la cáustica crítica, por otra (de los segregacionistas). Al cuartel general de King en Atlanta llegaron telegramas y cartas por centenares. A Ralph J. Bunch se debe el más certero comentario. "Esta decisión —dijo— constituye un impresionante reconocimiento internacional para la causa de los negros norteamericanos, para su lucha por la plena igualdad dentro de la sociedad norteamericana y por la plena participación en la vida de Norteamérica". Robert F. Kennedy declaró que el premio está "bien ganado" y que la vida y la obra de King simbolizan "la lucha de la humanidad por la justicia y la igualdad por los medios de la no violencia".

Desinteresado y modesto como siempre, vio King en el premio un tributo a los que le seguían en la práctica de la no violencia y "un síntoma de que la opinión pública mundial estaba de parte de los que luchaban por la libertad y la dignidad humanas". Desde su lecho de enfermo hizo saber que "cada penique" del premio se dedicaría al movimiento por los derechos civiles.

Dijo en su declaración: "Es un momento de alta emoción en mi vida. Considero el premio no sólo como un honor personal, sino como un tributo a la mode-

ración, la disciplina y el valor de millones de negros y blancos de buena voluntad que han preferido un comportamiento de no violencia para que pueda establecerse en nuestro país el imperio de la justicia, de la ley y del amor. Es también para mí una gran satisfacción el saber que las naciones del mundo consideran como de tanta importancia moral el movimiento por los derechos civiles de nuestro país, digno de tan alto reconocimiento.

"Estoy seguro de que este honor me dará nuevo ánimo y nueva decisión para seguir adelante en esta lucha por la superación de situaciones ingratas y por el triunfo de la justicia en nuestra sociedad.

"La concesión del premio representa también la invitación a ahondar nuestro deber de la no violencia como una filosofía de la vida y recordarnos que apenas hemos empezado a sacar partido de las poderosas fuerzas espirituales y morales que alientan en esta concepción de la vida. Nos sentimos también invitados a considerar las consecuencias internacionales de la práctica de la no violencia, pues sabemos bien que la justicia sólo podrá existir en nuestra sociedad si reina la paz en el mundo".

TRADUCCION DE RAMON DE LA SERNA